

jurándole habia de procurar su ruina por cuantos medios alcanzara. Así fué, que sucesivamente se le fueron presentando á la viuda varios acreedores con documentos otorgados por el tal militar, con el carácter de su apoderado y obligando sus bienes. La viuda en tal congoja escoge, por direccion de la persona que la habia despertado, un abogado hombre de bien, y se entablan los pleitos con todos aquellos supuestos acreedores que eran otros tantos zánganos coludidos con el zángano principal para sacar aquel dinero á la viuda y arruinarla. Los pleitos siguieron con órden; y aunque los ganó la viuda hasta con costas, como los que figuraban de acreedores eran unos taures desaudos de bienes, ella lo perdió todo; y como lo poco que le quedó no lo supo manejar por su suma tontera é ignorancia, á poco tiempo se vió reducida para todos sus gastos á solo los réditos de los capitales de sus hijos, quienes ya crecidos, por el ejemplo pésimo que habian mamado, se prostituyeron, trataron á la madre con desprecio y tan mal, que se separó con sus desgraciados segundos hijos, se redujo al extremo de mendigar con estos el pan por las calles, y acabó su vida en la mas espantosa miseria.»

He contado la historia de la viuda; y como de estas escenas que el mundo nos presenta á cada paso debemos sacar fruto, te encargo Pudenciana, que no olvidando la viuda y huyendo de su suerte, aproveches esa prudente franqueza de mi hijo Modesto, que quiere siempre estés impuesta de todos los negocios de tu casa, para que si le sobrevives, no tengas la infeliz necesidad de ponerte en manos de un perverso que te arruine, sino que puedas manejarte sola, y hacer la felicidad de tus hijos.

### CAPITULO XIII.

*Violento y desastrado casamiento de Pomposa: ruina de su casa: prision de su marido: desengaño de quien era este: prostitucion de madre é hija. Muerte del coronel.*

Como D. Rodrigo instaba con urgencia á Eufrosina y Pomposita para que dieran su opinion sobre el modo de asegurar los bienes de la segunda; y como la primera ya tenia pedido y gastado la mayor parte de su haber ellas se volvieron á determinar que se casara Pomposita con el primero que se presentara aunque no fuera título; pero como esto lo contaban á todo el mundo, porque no conocian lo que es

prudencia ni discrecion, sus muy dignos contertulios apoyaron tan *juicioso pensamiento*, y se convinieron entre sí y con reserva, buscar un hombre de tales tamaños que no se parara en pintas, y que tuviera para divertirse y gastar toda la franqueza que ellos apetecian para devorar aquel capital, y no tardaron mucho en lograr todo lo que deseaban.

A pocos dias llegó á casa de Eufrosina el consabido oficial del manojito, diciendo á esta y á su hija que en la persona que le acompañaba, tenia el honor de presentarle al señor D. Raimundo Dedorvora, marques de Peña hermosa, que acababa de llegar de España con comision reservada del rey, y que sabedor del raro mérito de Pomposita y su inimitable habilidad en el piano, canto &c. habia tenido empeño en venir á ponerse á sus órdenes. Aquí fué lo de todos los ofrecimientos de etiqueta: á poco se despidió el señor marques porque segun dijo tenia precision de estar aquella hora con su S. E. el virey, haciendo en medio de la sala setenta piruetas, y dirigiendo á nuestra Quijotita una mirada centellante, que ella correspondió con otra muy dulce y expresiva.

Tan pronto como quedaron solas, Eu-

frosina dijo á Pomposa, que el señor marques era muy apreciable, pues sobre ser título, tenia las buenas circunstancias de ser español, de buena edad, pues que no pasaria de treinta años, de recomendable figura, y de muy finos modales, y contestando la hija muy conforme en todo, Eufrosina prosiguió diciendo que un hombre como aquel era lo que deseaba para yerno, á que respondió Pomposita, „¿qué sabemos, mamá, lo que Dios dispone? El ha venido por casualidad á buen tiempo, él puede que no sea casado, él me ha mirado con interes, y yo luego le he tomado aficion.“

Al dia siguiente á las doce, ya estaba de visita el señor marques, que fue muy bien recibido, y como la madre *por.... prudencia y sus ocupaciones* dejó á la hija sola con su señoría, ambos tuvieron la conversacion siguiente.—Señor marques, ¿qué parece á V. el reino de Méjico y su capital?—Señorita, lo poco que he visto es muy bueno.—¿Vino V. solo ó con su familia?—Solo, porque no tengo mas familia que mi mamá muy al borde del sepulcro, y un hermano que quedó encargado de los negocios de casa.—Conque V. es soltero.—Se deja entender.—¿El marquesado de V. en que provincia está vinculado?—Par-

te de las haciendas estan en Extremadura, otras en Andalucía, y porcion de casas en la misma corte de Madrid, de las que tengo una muy hermosa de mi ordinaria habitacion á una cuadra distante del real palacio, y otra de campo, en el gran paseo que llaman el Prado.—Y V. habrá dejado por allá pendientes sus amorcillos.—No señorita, no he sabido lo que es amor hasta esta ciudad.—¡Ola! y de cuando acá está V. enamorado?—De ayer acá.—Y de quien, señor marques? ¿qué muger feliz ha podido mover tan pronto ese corazon que nunca ha amado?—Señorita. . . . V. sí, V. es la que ha avasallado mi pecho, inspirandome una pasion tan violenta que no podré ya vivir si V. no me hace dichoso.—Pero, señor, V. tendrá que irse á España.—Y tan pronto como dentro de un mes.—Pues entónces, ¿cómo. . . .?—Muy bien, vida mia; todo es que V. se resuelva á irse conmigo y en compañía de su mamá, á quien nunca dejaria yo, á la corte donde en medio de la abundancia, disfrutarán ambas las satisfacciones y placeres que no ofrece Mégico.—Tenga V. la bondad de permitir llame á mi mamá.—Con mucho gusto, señorita, y V. no me suplique, sino mándeme con imperio.

Salió Pomposita y volvió luego con su madre que haciéndose repetir el coloquio, manifestó indecible contento, y entrando á tratar del casamiento quedó acordado en el acto mismo en estos términos. que como el señor marques por sus empleos en la corte, necesitaba licencia del rey, para no sufrir esa demora, y no exponerse, se casarian por vanas lo mas reservado posible, y ocultando su título para que no llamase la atencion; y que como su comision terminaba pronto, y segun las órdenes de S. M. debia regresar luego á la corte, realizarian pronto lo que perteneciese á Pomposita, y se marcharian ántes de un mes para España. Todo quedó aprobado por aquellas locas y tontas, que tambien convinieron en no decir nada á mi tutor porque no viera al virey y embarazara el casamiento á pretexto de la falta de la real licencia, para no dejar, como ellas decian, el manejo de la testamentaria.

Tan pronto, como quedó esto acordado, salió nuestro D. Raimundo, despues de mil requiebros y abrazos prodigados á madre é hija, é inmediatamente con testigos falsos bien combinados, que nunca faltan para esos casos, practicó todas las diligencias, y á los seis dias de haberse co-

nocido estaban casados la Quijotita y su marqués.

En el mismo día, Eufrosina mandó llamar al coronel, y previo un recibimiento seco y de protección, le dijo que su hija estaba casada con aquel caballero que le presentaba, y que por lo mismo procediese á entregarle los bienes. D. Rodrigo sin alterarse contestó que el caballero se presentase al juez de la testamentaria con certificación del casamiento, y pidiendo la entrega de los bienes, que tan pronto como se le mandase haría efectiva. En el acto se hizo el escrito, se presentó, se proveyó, y en los dos días siguientes quedó hecha la entrega de todo, y mi tutor suficientemente documentado de quedar ya libre de toda responsabilidad, por la pureza de sus manejos y exactitud y claridad de sus cuentas, que no merecieron ningún reparo.

En el momento se buscó traspasador para el cajón y casa, diciendo el marqués que para quince días que estarían ya en Méjico, en cualquiera posada estaban bien, á lo que nada repugnaron aquellas bestias, que solo pensaban en irse á España, y tener la dicha de conocer y besar la mano al rey, ser damas de la reina, y otra multitud de sandeces con que estaban

aturdidas. Se traspasó cajón y casa: el señor marqués dijo que iba á reducir el dinero á letras pagaderas en la corte, con cuyo pretexto lo introdujo á una casucha que había tomado dizque provisionalmente entre tanto se marchaban.

Toda esta bulla debía llamar la atención, y fijarla muy particularmente en D. Raimundo, hasta que el comandante de la Ronda de capa que tenía orden del virey para prender á un gachupin que habían encargado de Madrid, y cuya filiación tenía hacia más de año, dió en conocer á nuestro señor marqués, y advirtiéndole en él toda la filiación, á los veinte días del casamiento, en la noche, después de las doce, á cuya hora llegaba él diciendo que venía de dejar al virey, me lo atraparon al tocar su casa y lo llevaron á la real cárcel de corte, dando parte inmediatamente al virey, que haciéndolo comparecer á su presencia, al siguiente día después de llamar y examinar á Eufrosina y Pomposita, se descubrió que el señor D. Raimundo Dedorvora, marqués de Peñahermosa, era un impostor muy pícaro, que era un famoso fullero y contrabandista en Cádiz, de cuya cárcel se había fugado porque estaba próximo á ser decapitado por

muchos delitos, y entre ellos por tres homicidios y dos robos en que habia sido cómplice su muger legítima que estaba presa: que su verdadero nombre era Timoteo Pantoja, y que el dinero del traspaso del cajon y casa de Pomposa, lo habian perdido en el juego entre él y otros amigos suyos á quienes se buscaron y no pudieron parecer, y solo sí el oficial del manojito que lo llevó á la casa, quien se llamó á engañado, y el reo para salvarlo, así lo confesó. Se formó un proceso sobre los nuevos delitos de Pantoja, y se mandó á Cádiz, donde despues fué ajusticiado lo mismo que su muger. *De estos señores gachupines* nos vienen en docenas: unos se descubren y pagan, y otros pasan por fatiga y hacen entre nosotros grandes papeles.

Se deja conocer cómo quedarian Eufrosina y la infeliz Pomposita con tal pesadumbre y tan avergonzadas, que se hicieron el ánimo de no volver á ver para nada al coronel, ni á nadie de su familia; y como el tal señor marques las dejó tan sin blanca como sin recursos, la tonta y bribona madre, fácilmente se sometió á vivir á expensas del honor y conciencia de su hija, que despechada y sin esperanza alguna de casarse, por lo público que habia

sido el chasco, se constituyó en una ramera que al principio vendia con alguna ventaja sus delinquentes favores; pero despues con la edad que aumentaba, y la enfermedad consiguiente á ese ejercicio, se fué poniendo en un estado tan despreciable, que tuvo por necesario concurrir á los lupanares, descendiendo á proporcion hasta que fué á los mas miserables y asquerosos, dando de pilon, lo mismo que Eufrosina, en embriagarse, y en toda clase de prostitucion, en cuyo estado ya se nos ocultaron absolutamente, y ni mi tutor ni nadie de su familia, ni yo, hicimos ya mas que encomendarlas á Dios.

El coronel desde las incomodidades que tuvo con Eufrosina y su hija Pomposa, comenzó á enfermarse del estómago, que no le dejaba tranquilo arriba de uno ó dos dias para volver á molestarlo; el último suceso desgraciadísimo de aquellas mugeres y su posterior conducta, que llegó á saber y sintió muchísimo, le fué poniendo peor, á pesar de que ya no volvió á mentar ni sus nombres, y todos teniamos ya cuidado de no recordarle nada. Así pasó dos años, aceptando por instancias y ruegos de su familia algunas medicinas, pues decia que su verdadera é invencible enfer-

medad eran los setenta años que llevaba á cuestras.

Apénas entró el mes de marzo de 1821, cuando el cambio de estacion hizo en D. Rodrigo la mayor impresion, y aunque él por no afligir á su amable familia sacaba fuerzas de flaqueza, la naturaleza ya no le ayudó, y el dia dos ya no se pudo levantar: en el estómago nada le paraba, el pecho y las flemas le fatigaban demasiado. Cada uno de la familia propuso un médico: de todos se escogieron los tres mejores, y entre estos señaló mi tutor el que le inclinó mas, pues como en toda su vida no habia padecido enfermedad de cama, sino cosas ligeras que con remedios caseros se quitaba, nunca habia tenido necesidad de médico que se encargara de su naturaleza.

Toda la familia entró en el mayor cuidado y afliccion, y mucho mas el dia seis, que estando todos rodeados de su cama, dijo que convencido de que el hombre no debe esperar á los últimos momentos de su vida para disponer de sus cosas, tenia hecho ya su testamento que quedaba en la gaveta de su mesa; que en él declaraba, como era justo, que cuando casó no tenia mas que el rancho en precio muy bajo, y

que todo el aumento que tenia por la mejora de la casa, por la reunion de tierras que habia comprado, y agua que le habia metido, era todo gananciales durante su matrimonio, lo mismo que cantidad de onzas que tenia en unos secretos del estante de sus libros: que la mitad de todos los gananciales eran de D.<sup>a</sup> Matilde: que del quinto, separados los derechos del entierro y mandas forzosas, se hiciese una particion entre sus criados y sirvientes del rancho á proporcion de sus familias y necesidades, muy particularmente á su honradísimo viejo y antiguo mayordomo Pascual, en justa remuneracion de su fidelidad y buenos servicios; que ya dejaba ordenado, y nuevamente encargaba á sus albaceas, que lo eran mancomunados D.<sup>a</sup> Matilde y D. Modesto, que su entierro fuera en el camposanto de Sta. María sin pompa ninguna, y sobre lo que estrechaba la conciencia á ellos, y su universal heredera Pudencianita: que no dejaba mandado se dijese misas, porque persuadido de que mas le aprovecharian en vida, siempre habia procurado buscar eclesiásticos pobres que las dijeren por su intencion y la de su familia: y que á la piedad y amor de esta, dejaba los

sufragios que quisieran hacer por su alma.

Esta manifestacion nos hizo á todos derramar abundantes lágrimas, y cada uno sin articular palabra se llegó á abrazarlo. Todos nos distribuimos las horas del dia y de la noche para asistirlo, y como hasta los chiquitos de Pudenciana rogaron con lágrimas les diesen parte en el cuidado de su amado papá grande, como siempre le decian, se les señaló una hora por la mañana y otra en la tarde, las que desempeñaban con tal amor, empeño y caridad, que á todos nos enternecian, y aun al enfermo, que rasados de agua sus ojos los acariciaba, besaba, y llenaba de bendiciones. La distribucion de horas fué inútil, porque aunque el que estaba de turno se estaba allí, todos iban con frecuencia á ver qué se le ofrecia y estarse largo tiempo, y particularmente las muy ejemplares Malilde y Pudenciana que á porfia se esmeraban en cumplir con su deber, y que no siendo bastantes nuestras persuasiones para que fueran á acostarse, no se conseguia hasta que el coronel se los mandaba, y entónces apénas salian á la pieza inmediata, y se recostaban á dormir en un colchon que tenian allí con el objeto de no alejarse de su querido enfermo.

Era un asombro ver llegar á visitar al enfermo y su familia, multitud de personas distinguidas por su religiosidad, singularizándose el coronel D. J. Y. O. que entónces era alcalde 1.<sup>o</sup> que á pesar de sus ocupaciones iba con frecuencia, y todos ofrecien sus servicios. De varios conventos y casas particulares le llevaron porcion de santos que mandó se le pusieran en una mesa frente de su cama; pero mas le llevaron el dia doce, y como tambien le mandaron á S. Vicente Ferrer una parienta que tenia religiosa en la Concepcion, cuando meti la imágen, como me quedé allí un rato, me dijo como sonriéndose: „Querido Joaquin, esto está malo.“ Yo sobresaltado le pregunté por qué, y él con mucha calma me respondió: „Porque ya sabes, hijo mio, que dia de todos santos es víspera de muertos.“ Ese dia por disposicion del facultativo se sacramentó con la mayor devocion.

Al siguiente que era en el que cabalmente cumplia los setenta años de edad, amanejó muy entero, y en la mañana nos hizo concebir las mejores esperanzas; pero dadas las doce, se fué poniendo mas malo, de manera que entramos en el mayor cuidado, y tanto, que D. Modesto mandó cer-

rar el cajon y que se fueran á casa los cajeros. Todos acudimos, y miéntras venia el médico que ya se habia mandado llamar, preveniamos para aliviarlo los remedios que allí estaban de la receta de la mañana; pero nuestro enfermo decia: „Ningunos remedios hay contra la senectud, queridas prendas de mi alma; cuando la naturaleza aniquilada apuró todas sus fuerzas, el arte viene á ser inútil: ella lo puede todo sin él, y él nada puede sin ella. El hielo de la vejez ocupa ya muchas partes de mi débil cuerpo, y es fuerza que se comuniquen hasta el corazon dentro de poco.” Bien conoció esta verdad D. Modesto, y por lo mismo envió á llamar al Dr. R. que era íntimo de la casa, para que viniese como vino al momento, á tributar á su amigo el postrer obsequio. La amable esposa Matilde y la tierna hija Pudenciana mezclaban sus lágrimas suministrando al enfermo cuantos remedios pedia su deplorable estado, con tanta solicitud y desvelo, que el moribundo viejo exclamó: „¡Oh, y qué contento muero al verme rodeado de tantos verdaderos amigos, en los brazos de la mejor y mas ejemplar de las esposas, y de los mas amantes hijos. A todos los bendigo de corazon en nombre de Dios, y

me voy con el consuelo de que por la virtud de mis hijos, no hago falta á mi adorada Matilde. Eh! adios amados míos, resignaos siempre en la voluntad de la Providencia divina, y esperad la muerte con tranquilidad, que ella os unirá á mí en la gloria que espero de la Divina misericordia.” Así hablaba el virtuoso anciano en el momento de pasar á la eternidad. Hasta su postrer instante habló á todos los que rodeaban su lecho con la mayor presencia de ánimo; y aunque su voz iba debilitándose por grados, no le faltó enteramente hasta el último suspiro, que exhaló en punto de las tres de la tarde, dia mártes.

Entónces se manifestó en un grito horrible el dolor agudo que el silencio habia sofocado en el fondo de los corazones. Todos llorábamos con profusion negándonos á todo consuelo. Pero cuando D. Modesto y yo algo desahogamos, por su órden se dispuso el entierro, segun lo dejó prevenido el difunto, y se hizo el dia siguiente sin faltar á su voluntad; mas para pagar el debido tributo al amor y á la virtud se levantó sobre el sepulcro una tumba, sobre la cual en una losa se grabó el siguiente



## EPITAFIO.

En la inerte ceniza que reserva,  
 El breve hueco de está losa helada,  
 De un volcan de piedad acrisolada,  
 El pábulo dichoso se conserva.  
 Aunque su llama por la furia acerba  
 De la Parca, parece sufocada,  
 Allá en el firmamento colocada,  
 Está burlando su intencion próterva.  
 Muevan, espectador, tu triste llanto,  
 Un sol de caridad enardecida,  
 Un héroe de virtud acreditada:  
 Un varon justo, religioso y santo,  
 Un modelo ejemplar de buena vida,  
 Un todo de piedad que ya hoy es nada.

## CAPITULO ULTIMO.

*Duelo de la familia del coronel, y gran trato de su viuda. Noticia de Pomposita y su muerte.*

Como mi tutor fué tan bueno, al tanto lo sintieron todos, particularmente y con justicia su familia. Esta lo lloró largo tiempo, haciendo en sufragio de su alma y por su memoria, muchas obras de caridad cristiana. D. Modesto, Pudenciana y sus hijos redoblaron su amor y cuidado hácia D.ª Matilde, y recibia esta tantas demostraciones de todos, que decia á sus amigas: „Ya no tengo fuerzas para soportar y agrade-

cer el cúmulo de bienes que hacen llover sobre mí mis hijos. ¡Ojalá estuviera en su poder resucitarme á mi amadísimo esposo!” D. Modesto trató de llenar su deber de albacea, solo por cumplir, y nunca por pensar en la division; pero D.ª Matilde no quiso que hiciera inventario de los bienes, sino que todo lo dejó en manos de sus hijos, diciéndoles que eran dueños de todo: estos la cuidaban y contemplaban al pensamiento, sin dejarle desear nada ni un momento, y haciendo que todo el mundo la tratara y respetara como la madre y cabeza de toda la familia.

De este modo habia vivido largos cuatro años aquella virtuosa familia, llena de felicidad, solo suspirando por D. Rodrigo y deseando saber de Eufrosina y Pomposita, de quienes no habia la mas ligera noticia: cuando una mañana que estaban almorzando, el criado avisó que afuera estaba una que decia llevaba un recado importante; y diciéndole que entrase, vieron una muger vieja, cuyo semblante, andrajoso y sucio vestido, representaba la misma miseria; y sin detenerse dijo: „Señoritas, las vengo avisar, allan casa asiocho dias que esta muy mala, y yo como probe no tengo para los remedios, no mas tantito